

manantial

III-Segovia, Junio 1928

Lectura oblicua por E. Giménez Caballero

El motivo fué muy vulgar. Pero yo no pretendí distinción alguna al dejarme arrastrar hacia ella. Pretendía todo lo contrario: una vulgaridad. ¿Una vulgaridad? No. No creo que fuera esa—precisamente—la palabra. El vulgar va siempre hacia lo suyo, hacia lo que cree ser suyo. Mientras yo fui a lo que no era mío, hacia lo que sabía perfectamente que no podía ser mío. ¿Por qué he pronunciado—pues—la palabra vulgaridad? ¡Ah!, sí; porque lo que me sucedió suponía que ya le había sucedido—y le sucedería—a mucho hombre enamorado: alucinarsse tras la mujer *que se parece a su mujer*.

Conquistar por dinero la mujer—semejante en aparentes cualidades a aquélla que nunca podría poseer por dinero, ni por nada. Un caso de fenometrología. Un caso típico de *sustitución*.

Pero, la sustitución en amor—insisto, insisto frente a mí mismo—¿es una vulgaridad? No... si... psch!... ¿Psch? ¿Por qué psch? Interesa dilucidar ésto, amigo yo, amigo mío.

(Yo; dilucidalo.)

Yo lo dilucidaré, sí.

Ante todo recordando el suceso.

Esquema del suceso

Me la encontré al subir a un tranvía, en el arrabal oeste de la ciudad.

Frío. Farol. Amarillo. Sensación de lana. Prisa. Estribo. Y no subir al tranvía.

No subí al tranvía.

Me acerqué a ella consciente de mi repentina sonambulía.

También estaba ella esperando un tranvía. El que no llegaba.

Probablemente, me esperaba a mí. A mí que no sabía quién era. Ni si vendría.

(¿Pero, sabía ella algo?)

No la sorprendió nada mi abordaje.

No la sorprendió por razones que ahora diré, que no por otra cosa.



Era su oficio ese, dejarse abordar. Mejor aún; abordar ella a los que no se dejaban.

Ella era una vulgar abordadora. (Vulgar: otra vez.) ¿Vulgar?

La mujer que se parece a una mujer no vulgar—teorema psicológico—no es ya vulgar, por tanto.

Es el caso que me acerqué alucinado. Que me quitó el sombrero. Que la tendí tímidamente la mano. Y que al estrechármela cerré los ojos automáticamente y frenético. Bastó eso para que ella comprendiera mi situación.

Sonrió planamente.

Tomamos un vehículo. Creo que fué un lento coche, y que tardamos media hora larga en llegar a no se dónde. Ah, sí: a una cama de colcha color madera. (Una luz cenital color madera.) (Un lavabo, al fondo, de madera.) (El suelo de madera sin brillo.) (Una mesita de noche de madera.) Yo, me sentía de madera, atarugado e hipnótico.

La rogué que apagase la luz cenital. Al cabo de un rato saltó de la cama; y la encendió.

Se sentó junto a mí, desnuda, lavoteada, y me hizo esta pareja sencilla de preguntas: *¿Quién es la otra? ¿puede saberse?*

Este *se*—reflexivo e impersonal—me dió ánimos. Si me hubiera dicho: *puedo saberlo?*—seguramente me habría irritado. Porque no siendo ella la otra era inmiscuir su yo auténtico y no su yo prestado, *fenomenal*.

Pero ese *se* del *puede saberse?* me hizo la impresión de un interrogador abstracto, casi confesional, incitante. En breves fórmulas se lo dí a entender.

Una sobrina de cura.

Casada recientemente con militar.

Cara de virgen de mi pueblo.

Piel impresionantemente fina.

Candor e ignorancias sublimes de la vida.

Un cuerpo rotundo y elástico.

Su contestación fué apagar la luz y abrazarme. Yo adiviné un acto tan repentino de piedad o de ganas de agradarme bajamente o de placerse en *amor sustituido*, que la rechacé con repugnancia.

Encendió la luz otra vez, en silencio.

No supe darle más excusas que ésta:

Ella me desdeñaba tanto que no hubiera podido hacer eso... ¿no lo comprende usted?

La obsesión se me había evaporado. Y comenzaba a ver, a leer, aquella mujer que tenía presente, por un lado contrario a la primera y alucinante hechura. Comenzaba a deletrear otra persona, otra leyenda, otro anuncio de *yo*.

Entonces aquella criatura se echó a llorar. Yo permanecí un rato sin comprender. Pero luego fui yo el de la piedad. Y consolé a la *sustituyente* acariciando su yo personal y sin mezcla. Prestándole un servicio aún más grande quizá que el prestado a mí por ella.

Sosegada, me contó torpemente, pero con intuiciones bruscas e instintivas, que mi caso le había sucedido ya cinco veces.

Encontrar hombres que se acercaban porque les recordaba a *otras*.

Hasta tal punto, que desde hacía un mes tenía en su secuencia un viejo—rico y aristocrático—que la trataba como a una reina.

La compraba ropas determinadas, comidas caprichosas elegidas por él, le daba dinero... Pero sobre todo, un perfume especial. La llevaba a un hotelito extramuros. Y a oscuras, la besaba paternalmente horas y horas.

Ella se había enterado por la criada del hotel que el señor viejo y rico, era un marqués padre de familia, pero padre también de una hija natural que se le había muerto hacía poco y a la que estuvo sosteniendo en esa misma casa donde a ella la llevaba.

Yo la dí todo el dinero que pude y la dejé fumando sobre la colcha color madera.
Este es el esquema del suceso.

No creo que haya en él más vulgaridad que la de esas lecturas oblicuas hechas en anuncios y carteles de las grandes ciudades, de las entradas a las grandes estaciones: si se viene del sur al norte se lee una cosa en los listones blancos de madera, y si se viene del norte al sur se lee otra sobre los mismos listones.

Yo venía con mi norte sexual roto. Y tropecé en un sur. Y lo tomé por norte.

Un deseo oblicuo. Una satisfacción oblicua. Una mujer oblicua. Un *yo* que era un *tu*. Un sur que era un norte. Una dislocación de puntos cardinales. Una cara, en cruz. Un haz en un envés. Eso. Un cartel indistinto y equívoco de gran ciudad: una lectura oblicua.

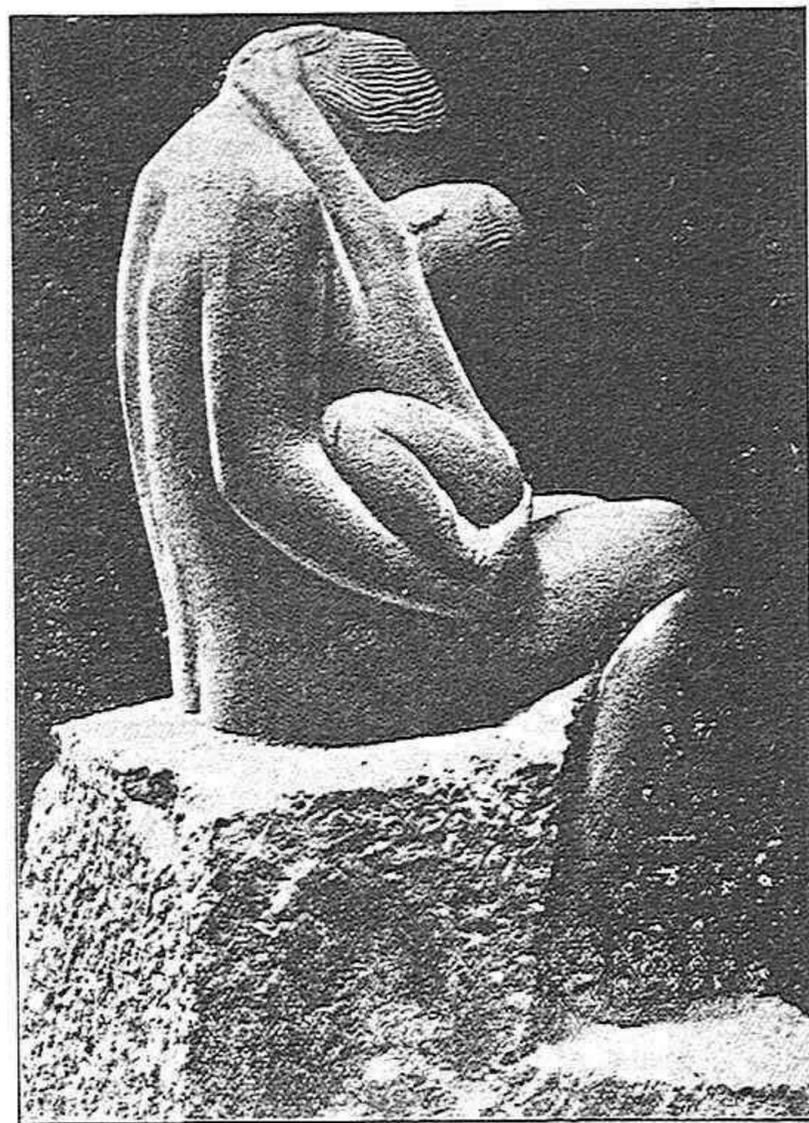
E. GIMENEZ CABALLERO

O b r a d e 1 9 2 8
d e l e s c u l t o r E m i l i a n o B a r r a l



Busto de mujer extraña

(Mármol)



**Maternidad: Mausoleo
de Pablo Iglesias**

(Piedra rosada de Sepúlveda)

Las horas pasan bajo la Torre de Hércules

Primero se oyen unas recias pisadas que se acercan a lo largo de los desgovernados ladrillos del corredor. Luego, el rechinar agudo de las visagras de la puerta; después, dentro ya de la habitación, el golpe de una persona que tropieza con un mueble, y, como consecuencia, el tintineo de una cucharilla en un vaso que vacila sobre una bandeja. Por último, el estruendo que hacen los cuarterones del balcón: El dormitorio se inunda de sol. Y el que despierta, aprieta los párpados, herido por la claridad, y, rápidamente, se vuelve en la cama de cara a la pared.

—Don Manuel... Está «andando» el esquilón.

Queda el desayuno sobre la mesa de noche. Se cierra la atormentada puerta. Las baldosas se lamentan de nuevo bajo los zapatones que se alejan por el pasillo interminable.

De allí a poco, don Manuel se despereza con furia; engulle el chocolate; se tira de la cama y empieza a vestirse a toda prisa.

Desde el campanario vigilante el cimbalillo sigue llamando a los canónigos a coro, y a sus clases en la Academia a los cadetes y a don Manuel a su tortura en la oficina. Don Manuel, que es joven, es un poco artista y peca de romántico. Vive en un caserón de balcones de hierro forjado con labores y de puerta blasonada en la plaza de Capuchinos, junto a las ruinas de una iglesia románica y frente a la Torre de Hércules.

La vieja historia de la Ciudad, novelada por un clérigo erudito y bien nagado, tiene en el primer capítulo un epígrafe de epopeya—HÉRCULES, FUNDADOR—que acredita el origen ultrahumano de los pobladores de este suelo, y da al torreón y a la casa que cobija mayor prestigio de siglos delante de piedras erigidas por la fe de los caballeros templarios o levantadas por los brazos de los esclavos romanos. Y—capricho del tiempo o del arte, todo es lo mismo—la casa del vencedor de los primeros trabajos de la humanidad, que no tendría pocos que rematar para romper sus cimientos sobre esta roca, es hoy convento de religiosas hijas de un sublime varón que en la Ciudad también dejó la huella de su paso: Junto al río hay una cueva de penitencias cubierta de sangre aromada y fecunda.

...

Cuando a punto de callar el apremiante campanillo que manda ir a los mas diversos quehaceres de la monotonía provinciana—cortado el alto aguijón por las nueve campanadas del reloj vecino de las mismas alturas—cuando don Manuel se dirige a su prosaica labor, ha de pasar por una calle donde se abre, en la casa de Hércules, la entrada de la capilla dominica, ante el oro románico de un hastial: El convento de Santo Domingo y la parroquia de la Trinidad forman áurea rinconada de literatura romántica.—El oficinista sentimental ha bajado a saltos la escalera torcida de su casa: Cruza en dos zancadas el mal intencionado pavimento de la plazuela de Capuchinos: Al llegar a la esquina de las Dominicas acorta el paso, y bajo el paredón fundamental de la Ciudad, parda mampostería del color y el relieve de la gleba castellana, sigue andando despacio, como para hacer tiempo, o consciente de la majestad del lugar: Sufrido polvo de veintitantos siglos le contempla. De la iglesia del convento sale entonces una persona: La persona es una mujer: La mujer es joven: La joven puede que sea bonita, aunque esto no importa, con tal que sea joven. Bajo la mirada de piedra del Fraile Santo que preside el remansado rincón, *ella*, con su mirada de luz, recorre la calle; y sin haberse detenido echa a andar indiferente, a su paso. La niña madrugadora, que, llena de Gracia y de sus gracias y segura en su serenidad, sale de su devoción, y el artista malogrado y

perezoso, que, todavía medio dormido, y, como siempre, soñando, va a la obligación aborrecida, se cruzan, al pie de la Torre de Hércules: Se miran; pasan sin saludarse; y cuando llegan al final de la calle, en las esquinas opuestas, vuelven la cabeza, se miran, se miran, y desaparecen. Ya en las otras calles, ella continúa su paso elástico; él consulta su reloj, y emprende una ridícula carrera: Todos los días llega tarde a la oficina.

El juego se repite cada mañana; hasta una, cualquiera, en que se decida.

...

La calle de Capuchinos queda desierta y silenciosa, horas y horas.

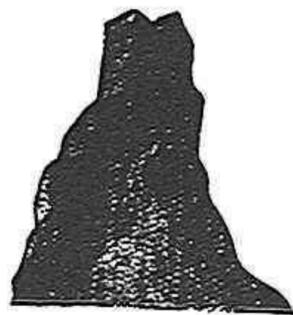
Poco antes de mediodía suena la delgada campana claustral, llamando a coro. Pasa una mujer del pueblo, portadora de la comida de un obrero, ganada en las fábricas del río. Y pasará la abuelita que fué a recoger en la escuela y trae de la mano al niño cojo.

Y a las tres, cuando de nuevo en la torre de la Catedral el campanillo acucia a los prebendados, una paloma blanca y negra aletea prendida en la celosía de la ventana más alta del torreón de Hércules, sobre los dormidos ajimeces. Y se arrastra junto a las paredes carcomidas un mendigo anciano que vuelve a su paz en los caminos.

Y cuando la explosión del sol poniente se desborda por escondidas plazuelas, callejas tortuosas y empinadas costanillas, las de Capuchinos y de San Nicolás, de la Trinidad y de San Quirce, del Hospital y de la Zaratana; cuando a todas las sombras las llega un rayo de oro y a todas las almas un beso de melancolía, la tarde, que se inflama, esmalta de púrpura la encumbrada cornisa de ménsulas graníticas y prende en las celosías inmediatas al alero el abrazo de llamas de un adiós lento y doloroso. Las monjas tocan al rosario. Una madre da voces al chico que se entretuvo al volver de la escuela.

Y a esta hora, en que la Torre de Hércules es más alta y más firme, y más legendaria, roza sus muros la capa morada de Su Ilustrísima, que en la docta compañía del señor Provisor va a esparcir el ánimo bajo los chopos del paseo del Obispo.

JULIAN M.^a OTERO



“Carteles,, de Segovia

La iglesia de San Millán, por Francisco Giner de los Ríos

Este es uno de los más interesantes monumentos de la antigua ciudad, bajo un doble sentido: el de su valor general para la historia de nuestra arquitectura de los siglos XII y XIII y el que le corresponde como representación característica de los templos de su época y estilo en la localidad, sobre todos los cuales ha debido ejercer grande influjo, especialmente sobre San Martín, San Esteban y la Vera Cruz, o iglesia de los Templarios, la cual, fundada con toda certeza en 1208, duda Street sea más antigua que la parte principal de la de San Millán.

Esta consta de tres naves (bajo una sola cubierta) y cuatro ábsides: tres de éstos corresponden a aquéllas; y el otro, de mayor resalte que los laterales, cierra al E. el pórtico adosado a todo el largo de la nave del N.; otro pórtico, simétrico a éste y adosado también a la nave del S., parece que debió terminar asimismo en un quinto ábside, hoy sustituido por una construcción moderna. Fundándose sin duda en esta suposición, lo ha representado Street como existente, en la planta que da de este templo: sistema de restauraciones ideales, a que tanto propende, aunque sin advertirlo al lector. De todos modos siempre son preferibles estas restauraciones a las reales y efectivas, gracias a las cuales nos quedaremos en España pronto sin monumentos, a menos que el ministro de Hacienda ponga a la costosa profanación el coto que no han sabido atajar nunca las corporaciones destinadas por la ley a este objeto. Pero, digresiones aparte, lo cierto es que el quinto ábside, o no llegó a edificarse, o ha sido reemplazado por los actuales departamentos, que sirven de sacristía.

Los tramos de las bóvedas son cinco también en las naves, descansando alternativamente sobre columnas monóstilas y pilares cruciformes; el crucero sostiene una cúpula; entre el pórtico del N. y su ábside, se eleva la torre; al O., la fachada principal tiene una puerta y una ventana, por bajo de la cual se han abierto otras tres, modernamente; al N. y al S., hay otras dos puertas, que tienen sus correspondientes en los pórticos exteriores. Además de las ventanas ya citadas, queda una en el frontón del brazo S. del crucero; y cuatro, tapiadas actualmente, en el muro de la nave de este mismo lado. En fin, el estilo general de construcción es el llamado románico del último período, siendo de medio punto todos sus arcos, a excepción de los de la torre, que son reentrantes, y de dos apuntados—tres acaso, pues hay uno muy desfigurado, que bien podría ser de este tipo—en la planta baja de la misma.

En cuanto al estado del monumento, casi todas las bóvedas son del siglo pasado; algunos de los pilares se hallan cortados; restaurados otros en la parte inferior de sus fustes; los pórticos tapiados; modernizada la cúpula; tapados con altares barrocos los ábsides, y estropeada parte de la construcción del brazo N. del crucero, para reforzar las pilas sobre que luego se levantó la torre, a la cual a su vez se añadió un chapitel en el XVIII. Pero, así y todo, la estructura general del edificio se conserva, presentando los caracteres relevantes de su importancia.

Uno de éstos, y muy principal, son los pórticos. Constituidos por una serie de arcadas (diez a cada lado, sin contar una puerta) que corren paralelas a los muros exteriores de las naves laterales, dejando una galería de la misma anchura que éstas, no son exclusivos de este templo, pues se ofrecen en algunos otros, como las Huelgas de Burgos y la Antigua de Valladolid (si bien ambas sólo los tienen en el lado del Norte). Pero forman en Segovia un rasgo distintivo de casi todas sus iglesias románicas; y si la de San Millán acaso fuese la de más remota fecha, puede asegurarse que, salvo las condiciones y necesidades locales que esta disposición haya venido a favorecer, el ejemplo de tan notable modelo debe haber influido en esa generalidad. Exceptuando la ya citada iglesia de los Templarios, muy gótica en sus formas y que presenta la disposición de dos rotondas concéntricas, o propiamente dicho, dos prismas dodecagonales, que recuerdan la disposición de las catedrales de Bosra y Esra y la iglesia del Santo Sepulcro, apenas hay templo de esa época que carezca de ese factor. Su disposición es sin embargo muy diversa. A veces, no hay más que un solo pórtico al S. (la Trinidad, San Clemente); a veces, dos, al N. y al S., como el que describimos; ya al S. y al O. (San Lorenzo); ya por último tres al O., al N. y al S. (San Martín). Conviene advertir que, en opinión del señor Riaño, este elemento es de origen oriental.

El estilo de los de San Millán corresponde, en sentir de Street, a la segunda mitad del XIII y serían por tanto posteriores a la fábrica de la iglesia. Sus arcos son redondos; los capiteles prolongados y muy cónicos; los ábacos enormes; los toros de las basas resaltan casi siempre del plinto; pero los motivos de la decoración están tratados todos en el tipo geométrico y con una intención tan clásica, que al verlo por vez primera se siente la impresión de ciertos malos capiteles del renacimiento. La cornisa, los canes, metopas y tapas se hallan tan ricamente adornados, que tal vez no tienen igual en España abundando los dibujos geométricos de sabor oriental. La cornisa de los tres arcos del pórtico del N., en su extremo occidental, o sea hacia la fachada, es mucho más sencilla; será más antigua? Los arcos, sin embargo, son como los otros. Por último, en las archivoltas de las puertas se advierte otro carácter casi constante en Segovia y que ya Street nota como caso para él extraño, a saber: que el número de sus anillos, en vez de igualar al de las columnas, es doble; por lo cual, mientras unos arcos (generalmente decorados con gruesos cordones) descansan sobre los capiteles de aquéllas, otros, que alternan con ellos, se corresponden con los elementos prismáticos que se interponen entre los fustes. No es menos evidente otro rasgo, igualmente general en la localidad y que a Street acaso pasó inadvertido por el poco interés que presta al arte musulmán; y es que los relieves que adornan dichas archivoltas no resaltan de la superficie de éstas. La escultura de esos relieves, cosa general en Segovia, es mediana. Las hojas de las puertas conservan sus antiguos hierros.

Las bóvedas, hoy reconstruidas, se apoyan (según ya queda dicho) alternativamente, en pilares cruciformes y en columnas monóstilas; unos y otras con ricos capiteles y ábacos cuya planta responde a las vueltas de los arcos. Esta disposición es usual en las iglesias románicas de Lombardía y parte de Francia, y, como es sabido, responde a la subdivisión en tramos cuadrados de las naves laterales, al modo que lo son los de la principal, a fin de poder cubrirlas por bóvedas de arista, que tan difíciles son de aplicar a plantas rectangulares. Así, los pilares servirían un tiempo para sostener las bóvedas de la nave mayor; y las columnas, para los arcos transversales de las secundarias. Por esta disposición, parecería que las tres naves debieron estar cubiertas por arista. Sin embargo, Street vacila entre dos hipótesis, distintas de la anterior. Es una, que la nave central haya estado cubierta por un cañón recto y sólo las laterales por arista; otra, que las tres estuviesen cubiertas con un techo de madera, conjetura a que favorece la altura de los pilares exentos, excesiva para sostener una bóveda, así como la de los pilares adosados a los muros exteriores, que, en relación con la de aquéllos, hacen muy difícil la suposición de que hayan existido arcos transversales. La hipótesis en favor de la cubierta de madera ¿se habría acaso fortalecido para Street, si hubiese visto el hermoso resto de tabla que se guarda en la iglesia y que, por el tipo de su decoración tallada, parece referirse al primer estilo gótico? Pero sólo por tradición—que en verdad no ha de despreciarse—se afirma que ese resto ha pertenecido al supuesto techo antiguo. Hoy día, las tres naves tienen una sola cubierta exterior.

Otro carácter muy interesante de San Millán es su cúpula.—En general, la mayor parte de las iglesias románicas ojivales de la localidad tienen cúpulas de las llamadas lombardas, es decir, formadas por cuatro cilindros que se cortan, dejando, por tanto, aristas cóncavas y ángulos muy obtusos: tipo éste poco frecuente en España, aunque no desusado: v. g. la bóveda de la antecámara en el Palacio de Carracedo (Bierzo, León).—Aquí, abundan esta clase de cúpulas, ya, generalmente, en los cruceros, como ésta y la de San Martín, ya en el cuerpo inferior de las torres, como en San Esteban, ya en el centro de la planta poligonal, como en la Veracruz. El despiece de las hiladas suele ser horizontal; sus arranques, trompas, sumamente horizontales también, y los baquetones, que las transforman en bóvedas de crucería, no cubren las aristas, sino que dividen por la mitad cada uno de los cuatro paños que decoran.

Pero la cúpula de San Millán tiene—como la de la Veracruz, probablemente posterior—una particularidad que ofrece a sí mismo la Sala Capitular (hoy capilla de Talavera) en la Catedral vieja de Salamanca, si bien allí con mayor complicación. Consiste en que sus aristones, en lugar de dos que se cortan en el centro de la bóveda, son cuatro, paralelos e intersacados dos a dos, dejando en dicho centro un cuadrado. Esta peculiaridad

parece también provenir del influjo oriental y recuerda algunas cúpulas de Córdoba, del Cristo de la Luz, en Toledo, y de otros edificios más o menos árabes; y es extraño escapase a la excepcional perspicacia de Street, que ya había advertido este pormenor en Salamanca y en la misma Veracruz de Segovia.

La torre, emplazada, según ya se ha dicho, al lado N., entre el pórtico y su ábside correspondiente, no es, como el arquitecto inglés asienta, y figura en su planta, una construcción posterior al siglo XVI, sino evidentemente mucho más antigua. Ciertamente debió erigirse (o reformarse) después de la iglesia, de lo cual hay indudables señales en el interior del muro N. Pero, si Street hubiese podido subir a esa torre y examinarla un momento siquiera, le habría asignado fecha bastante más remota. La construcción es de hormigón y tapial. Las ventanas, hoy completamente desfiguradas, han debido ser de herradura, no muy pronunciada—como lo es la única que por dentro queda intacta—y tener, en vez de capitel, una imposta muy tosca y cuya sección es de forma de sierra; la bóveda, gótica, de cuatro paños, hiladas horizontales y dos diagonales prismáticos, que descansan en cuatro ménsulas. Todo esto le da un aspecto que difícilmente parece posterior a los últimos años del siglo XIII o a los primeros del XIV. Además, hay otros datos en favor de esta hipótesis (no tienen otro valor las observaciones que preceden). Es una peculiaridad de los templos románicos segovianos el tener siempre torre, y torre de mucha importancia, en comparación con el edificio; mientras que en el resto de España escasean estas construcciones en templos de su época y sus proporciones. San Sebastián, San Justo, San Clemente, El Salvador, Santa Eulalia, San Facundo, San Lorenzo, La Trinidad, La Veracruz, San Martín, tienen todas torre, y la de San Esteban es una de las más hermosas que puedan verse dentro y fuera de España. Dichas torres se hallan emplazadas, las más veces, como la de San Millán, en la prolongación del brazo N. del crucero; pocas, en el crucero mismo; algunas, en el S., y una, la de San Martín, en el penúltimo tramo del O. de la nave central. La estructura de todas ellas es siempre más o menos análoga a la de San Millán; y el mismo Street cree que la de San Esteban es obra de la primera mitad del siglo XIII. Ahora bien, examinada esta última en su interior, presenta bastante semejanza con la de San Millán, que a lo sumo y atendida la indudable reparación que en la iglesia ya antes quedó anotada, podrá ser de un siglo más tarde; pero de ninguna manera posterior al XVI, como Street la declara.

Tales son los rasgos más interesantes de este hermoso templo, uno de los de mayor importancia que de su época poseemos, hasta por sus dimensiones (unos 44 metros por 18), iguales a las de muchas catedrales, v. g. la vieja de Salamanca.

Publicado en «Ilustración Artística», de Barcelona, en 4 de Marzo de 1889.

Jardines antiguos y modernos

por Javier de Winthuysen



La importancia mundial del urbanismo que exige por razones de higiene, expansión y estética espacios proporcionados de verdor dentro de las ciudades, determina un resurgimiento en las obras de jardinería que, dejando de tener, como en la antigüedad, carácter privado, viene a formar parte de la fisonomía de la ciudad enlazándose con sus construcciones.

Si en los pueblos nuevos se resuelve el problema con simplicidad reduciéndose todo a una obra pudiéramos decir de ingeniería, de la que necesariamente surgirá, como de toda obra humana, un concepto estético de mayor o menor interés, tratándose de ciudades históricas se presenta el asunto de modo bastante complejo.

Dos corrientes opuestas de tradición y avance, de estatismo y dinamismo, chocan entre sí cuando un conocimiento profundo no sirve de guía.

El grado de cultura de un pueblo, decía un autor, se conoce en las narices de las estatuas y en la corteza de los árboles. No hay que llegar a observación tan sutil, donde de una sola ojeada y a distancia podemos apreciar la arquitectura rota y los troncos mochos del arbolado.

Si todavía perduran en nuestros espíritus reminiscencias de romanticismo enfermizo, el concepto moderno de vida nos va apartando, cada vez más, de suciedades mohosas y polvorientas, y haciendo un distinguo entre *antiguo* y *viejo*, buscamos solamente en la tradición los valores perdurables que nos han de servir necesariamente de base para continuar la vida, fundamentada en lo que por ser esencial no se puede de ello prescindir, si no hemos de caer inútilmente en exotismos inadaptables o esnobismos innecesarios a quienes cuentan con sólidas bases sobre que edificar sin que éstas excluyan, ni mucho menos, la idea de avance.

Innovar por innovar es sin duda una acción simpática de juventud; pero jamás hay que perder de vista que la más alta cualidad de los valores estéticos es lo que tienen de eterno. El es-

pectáculo del genio es como el de los fenómenos naturales constantemente repetidos y siempre nuevos. Como la varilla de cristal del surtidor: siempre la misma y renovada sin cesar.

Por sentir espontáneo o por educación, hacemos tan sólo un distinguo de valores en lo que a arte se refiere, sin preocuparnos de tiempo ni lugar, lo que nos emociona y lo que nos fastidia.

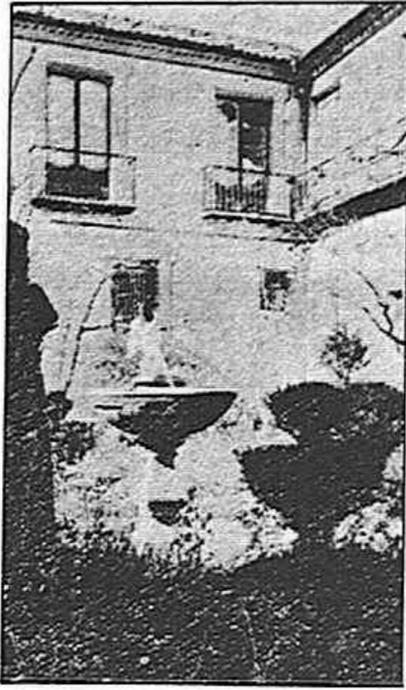
Del informe montón de obras que encierran fantásticamente las celullillas de nuestros recuerdos (informe decimos porque no lo tenemos ordenado ni nos interesa gran cosa tenerlo) sacamos de continuo lo que vale, y nos deleitamos lo mismo con un ídolo egipcio que con un Berruguete (pongo por el más moderno de nuestros escultores) con un sólido cuadro renacentista o con un aéreo paisaje de Sisley, con un poema clásico o con una de esas flores divinas de Machado, que dicen orientales, y que yo creo que no ha tenido que ir por ellas más allá del puente de Triana.

Un siglo de malditos *anticuarios* y un rebajamiento moral que nos convirtió en *suripantas* del turismo hizo de nuestro arte mercadería la más vil: mercadería espiritual.

Al margen de la emoción pura de la vida, nos dedicamos a *epatar* con nuestras momias.

Para quien sólo vea la superficie mostrada por este arte, Sevilla es una ridiculita pandereta inspirada por los genios del género chico, con giralas, chulas y sonajas; Segovia es la españolada, con unos tíos de cartón, con capas de cartón y acueducto de cartón. Raros países de cimentación noble que parece que aspiran a resurgir de sus caricaturas.

En una conferencia que hace años leímos en esa Universidad Popular, decíamos, refiriéndonos a nuestras investigaciones de jardines históricos, que en todas partes íbamos encontrando restos de antiguos jardines que hombres eminentes se complacieron en cantar o describir, ya en Toledo, ya en Burgos, ya en Segovia; y que estas tristes ciudades, querían ciertos espíritus conservarlas indefinidamente envueltas en miseria para modelos de sus españoladas, aunque la conservación de tanta ruina y seque-



Jardín
del palacio de Quintanar

dad llevase aparejada la sequedad de los cuerpos y la sequedad de los espíritus; y que tal desolación no es otra cosa sino triste decadencia.

Forzosamente la vida se abre paso, los autos con sus bocinas insoportables van por las calles sucias y viejas, diciéndoles a las casuchas inmundas que se aparten, pero la acción de modernidad hemos de guardarla para insultar la estética de una plaza admirable, con un transformador, un evacuatorio y un *monumento*, el más insultante por su pretensión en esta trinidad de chismes.

La España Negra? Las negruras están recluidas en cerebros y corazones que no frecuentamos. Alejados de ellos, sólo ve nuestra retina sincera a Segovia envuelta en oro, enmarcada en las máscaras joyantes de sus choperas en que se ceba ¡ay! el hacha del villano.

Segovia es una de las poblaciones de más importante tradición en obras de jardinería. Dejando a un lado La Granja (obra exótica aunque fundida de modo particularísimo en el ambiente, fué llevada a cabo fuera de la influencia local) los jardines de Valsain famosos ya en época de Enrique IV, los del Parral que describió Navajero, los de la Casa de la Moneda, trasunto de los escurialenses, los del Palacio Episcopal, los del claustro de la Catedral, ordenados en recuadro de cipreses y boj (que marcan la ordenación si se estudia su emplazamiento), los de la casa donde vivió el poeta Tenreiro, la multitud de jardincillos-patios, el que graciosamente deja avidinar su traza del XVIII en la casa del marqués de Quintanar, hacen de Segovia una localidad en que el arte del jardín tiene inefable importancia y propios caracteres.

La situación especial de esta población ocupando planos diferentes que ofrecen múltiples perspectivas de singular belleza, los elementos propios de que dispone, finos, aristocráticos, las especies arbóreas que con tanto esplendor se desarrollan, las condiciones climatológicas que habría que tener presentes para enfocar las obras futuras al bienestar, darían lugar el día en que

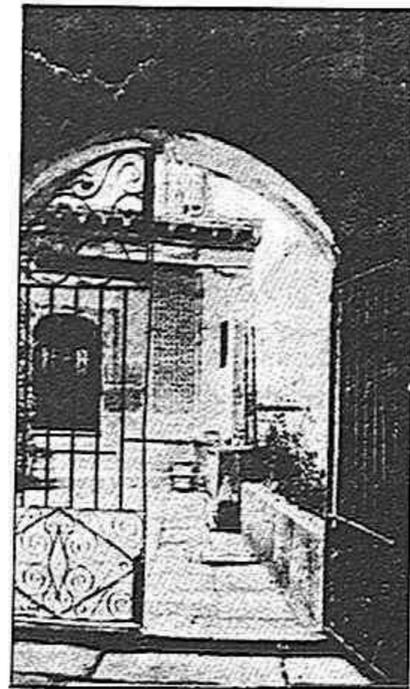
emprendiesen con plan determinado grandes obras de urbanismo a un resultado de tal belleza y originalidad que difícilmente podría ser igualada.

La ignorancia en su limitación de horizontes, resuelve de plano los más intrincados problemas con la mayor simplicidad y osadía. Un jardín para un horticultor es un terreno donde *a capricho* se va plantando lo que parezca conveniente; como una casa puede ser cuatro paredes con más o menos divisiones y una montera.

Decían los autores de obras de jardinería del pasado, cuando estas obras cuyo ejemplo (del carácter que sea), están a tan pocos kilómetros de Segovia, que el director de un jardín, había de reunir a los conocimientos que a la simple horticultura se refieren la visión del poeta, del filósofo, del arquitecto, del pintor, del naturalista... Sólo así se produjeron tantas magníficas obras de estructura sutil orgullosamente conservadas en Italia, Francia, etc., etc., y que en España decaen constantemente apenas las abandona la ciencia y el arte que las creó. Arte y ciencia de prestado desde tiempo inmemorial; pues en España carecemos de estudios de este género. Y si para la creación de tales obras del pasado que más o menos extensas se reducían a orden privado, era necesario tanto arte y ciencia, piénsese cuánto habría que añadir para que respondiesen debidamente a los problemas que plantean las diferentes fases del urbanismo, y más aún en una ciudad histórica en que necesariamente hemos de unir pasado y presente sin menoscabo del concepto estético ni de las necesidades que la transformación de la vida moderna impone.

La mayor enseñanza de la tradición es aprender en ella que las obras pretéritas fueron las creaciones de la vanguardia de entonces... y que, vanguardia actual, estamos obligados al avance en la vida sin perder el lazo de lo consustancial con naturaleza y carácter.

JAVIER DE WINTHUYSEN



Patio-jardín
en el barrio de San Esteban

A N T E N A

de

‘ ‘ m a n a n t i a l , ,

III

1928

Benjamín Silbert

Benjamín Silbert, interesantísimo pintor norteamericano, vive entre nosotros desde hace varios meses. De Chicago vino a Europa; pasó, en vuelo rápido, por todos los países centrales y meridionales de nuestro continente. Sólo detuvo su afán viajero en Italia y España: Florencia y Segovia. ¡Y ésto, después de haberse embriagado de luz en Marruecos! (De Tánger y Tetuán, trajo admirables acuarelas).

Varios óleos ha pintado en esta ciudad del matiz y de la desesperación de cuantos artistas intentaron «sorprenderla». Como pocos—tal vez con retina demasiado nórdica—ha comprendido la calidad, la vibración—*el tono, el timbre*—de nuestro sol, de nuestro cielo, de nuestro campo, de nuestras piedras. Y aquí sigue, como un niño encaprichado, terco en definir lo indefinible: toda esa formidable cantidad de poesía, fuerza y finura que los siglos acumularon en Segovia. Saludemos en Silbert a un gran pintor que nos reverencia y nos dedica sus mejores horas emocionadas.

San Quirce

La vieja iglesia de San Quirce, ahora nueva con la novedad de su vejez fortificada, se ha reabierto al culto: al culto de la cultura. La Universidad Popular Segoviana abrió sus puertas de honor para que las trasponga todo el que desee merced de libros... y, también, todo el que haga merced de ellos. Don Rufino Blanco, sutil, donosamente, ofició en el ábside grande—altar mayor—. Su figura fina y pulcra, destacada sobre el ventanal románico, parecía la de uno de los caballeros de «El entierro del conde de Orgaz».

El corazón de la torre ha comenzado a latir y los libros—sangre— a inscribirse en el torrente circulatorio de la cultura.

¡Salve, San Quirce, ave fénix!

L I B R O S

RAMON GARCIA-DIEGO: LA EMOCIÓN ILUMINADA, VERSOS.—*Ed. T. Prast, Madrid, 1927.*—En esta segunda salida de García Diego al campo lírico, el poeta canta tan naturalmente, con una sinceridad tan sin reservas, que su propia emoción iluminada rebasa los íntimos límites del autor y se expande para iluminar de emoción aquel otro límite de intimidad que, en cada lector, contiene a la común gama sintonizadora. Situaciones coincidentes; onda armónica que oscila del objeto al sujeto y de éste al propio receptor; aquella virtud de «poner el dedo en la llaga», en cada llaga de cada uno de nosotros, y así nos conmovemos.

La misma sencillez y despreocupación de atavío, ese entregar la más mínima sensación escueta y desnuda, tal como nace, nos parece un buen indicio: el poeta tiene cosas que decir y las dice como puede y sabe. El ropaje, después de todo, siendo decente, es admisible. El corte, el pliegue, «la caída», vendrán después; ahora basta con que el lienzo sea honesto cobertor.

De todo el libro, «Estampas» es, sin disputa, lo mejor. Por ahí debe orientarse García-Diego.—C.

JOSE ALVAREZ RODRIGUEZ: HORIZONTES (POEMAS Y PAISAJES).—*Edición del autor; Salamanca, 1928.*—Fino, exquisito poeta se revela Alvarez Rodríguez en su libro «Horizontes». Ya el título, de por sí, es sugestivo y compromete a mucho. No queda, en verdad, el lector defraudado. El poeta, frecuentemente, canta, no aislado en su propio recinto sino fundiendo su vivir con el de cuanto le rodea, en un puro panteísmo. El color le preocupa como si, en vez de escribir, pintase. En muchas ocasiones, en efecto, pinta. Y este puede ser el mejor elogio de sus poemas.

Fernando Iscar Peyra prologa sabiamente el libro.—C.

LIBROS RECIBIDOS: ANDRÉS Y COBOS, PABLO DE: *Un viaje por las escuelas de España.*—ORTEGA, TEÓFILO: *La voz del paisaje.*—En el próximo número los reseñaremos detenidamente.

R E V I S T A S

CARMEN.—Gijón.—La «revista chica de poesía española», la más cuidada y selecta de la nueva literatura, presenta un cuaderno 5 digno de los anteriores; en él un nuevo poeta, leonés. Basilio Fernández, recibe el bautismo poético, junto a los versos de antología de don Gabriel Bocángel. Originales de Pedro Salinas, Adriano del Valle, Juan Larrea y el timonel de la revista Gerardo Diego. La gentileza de «Carmen» cada día se avergüenza más de la vecindad polémica de «Lola», comadre liosa y descarada, envenenada con chismes insulsos de portería.

LA GACETA LITERARIA.—MADRID.—Serenidad y audacia, y curiosidad al panorama literario mundial, y cordial acogida a las revistas «hermanas menores» de provincias, y sabiduría con desenfado deportivo, y profunda intuición periodística, llevan día tras día los redactores de nuestro periódico de las letras, guiados por la firmeza juvenil de E. Giménez Caballero—actual viajante de la cultura española—a las páginas de su publicación.

El número de 1.º de Junio (35) inserta, a más de las secciones habituales, originales de H. Petroni (sobre el malogrado filósofo Scheler), Salazar y Chapela, Torre, Jarnés, Dr. Bastos, Balseiro, Melgarejo, Buñuel y Espina. El último (número 36, 15 de Junio), dedica «cinco minutos de prosa en honor de Fray Luis», un estudio de Espina sobre la revelación de la pintora Maruja Mallo, continuación de los ensayos de Torre y el doctor Bastos; trabajos de Arconada, Lafuente, Ugarte, Subirá, etc.; y versos de los poetas mejicanos Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Gilberto Owen.

MEDIODÍA.—SEVILLA. Febrero.—Intensa ráfaga de inquietud nos llega en estas páginas limpias y frescas de «Mediodía», tan saturadas de Mediodía. Versos de Laffón, Quiroga Plá, Alberti, Fernández Ballesteros, Collantes de Terán, y prosa fina, enjorada de Sebastián Gasch, Núñez C. de Herrera, Rodríguez Cánovas, Hinojosa y Porlán y Merlo. Dos grabados con reproducciones de Salvador Dalí, el inquieto pintor emocionado. Luz, mucha luz, de «Mediodía».

MESETA.—VALLADOLID.—NÚMERO 4, ABRIL DE 1928.—«Meseta», en su puesto, así mismo: en la elevada meseta de Castilla. Sus poetas en puro coloquio con toda cosa bella. Un pliego de ocho páginas lleno de luz y de encanto. He aquí las firmas de este número 4: Bergamín, Alberti, Chabás, Luelmo, Espina, Altolaguirre, Martín y Gómez, Quiroga Plá, Vela de la Huerta, La Calzada, G. Ribot y Chaul.—ANTOLOGÍA: Francisco de la Torre y Sebil.—AL MARGEN: Notas de Francisco Martín y Gómez.

PARÁBOLA.—BURGOS.—CUADERNO 6.º, MAYO DE 1928.—Número de poesía.—¡Epifanía poética esta de «Parábola»! Ontañón ha levantado un arco de triunfo a la moderna lírica española. Y el triunfo ha lanzado la más aguda flecha de su arco lírico hacia el pecho del poeta burgalés. ¡Enhorabuena!—Originales de Alvarez Cerón, Arconada, Díaz Caneja, García Lorca, Martín y Gómez, Méndez Cuesta, Méndez, Ontañón, Pérez Ferrero y Salinas.—Noticias de poetas. Libros de poetas. Correo de Madrid.

«Parábola» continúa en su puesto: la cumbre, alta, a las estrellas; las ramas, una en el mar; otra en la tierra; las asíntotas al infinito.

RESIDENCIA.—MADRID.—La bella revista que, desde los altos del Hipódromo de la Corte, gobierna con mano hábil A. Jiménez Fraud, presidente de la Residencia de Estudiantes, sigue sin someterse a la esclavitud de la periodicidad: el número 2 del año II ha aparecido en Mayo. Las actividades culturales de este centro, uno de los medios intelectuales más selectos de España, aparecen en esta publicación; las conferencias íntegras o ampliamente reseñadas, se archivan, con bellos grabados, en estos cuadernos. En el último número destaca por su interés la conferencia (texto inglés y traducción española) del arqueólogo Mr. Howard Carter sobre «La tumba de Tut-ankh-Amen. La sepultura del rey y la cripta interior». También publica: C. Carroll Marden: «La educación universitaria en los Estados Unidos»; Castillejo: «Las nuevas organizaciones de estudiantes»; Hamilton Rice: «La Guayana desconocida: Explorando el valle del Amazonas». Este sumario indica el valor del último número de «Residencia».

REVISTA DEL ATENEO.—JEREZ DE LA FRONTERA.—NÚMERO 43, FEBRERO DE 1928.—Una bellísima poesía: «Pío Nono», de Adriano del Valle.—Otras firmas: Romero y Murube, Barrera, Pérez Tost, Martínez Ferrador y Mantarás y García Pelayo.

REVISTA DE OCCIDENTE.—MADRID.—El número LIX (Mayo 1928), de la revista de don José Ortega y Gasset, el maestro de la juventud española, acrece su valiosa colaboración extranjera. Un artículo, de máximo interés, de Le Corbusier, nuestro reciente huésped, sobre «Arquitectura de época maquinista» se acompaña de «Parálisis» por Jaime Torres Bodet; «La muerte del general Gordon» por Lytton Strachey; «Charlot» por Fernando Vela; y «Nuevos aspectos de la cosmogonía» por J. H. Jeans; y notas de Quiroga Plá, Salazar (Adolfo), Cossío (J. M.), Ayala y Salazar Chapela.



Hoja de versos

Margarita Abella Caprile
(Argentina)

Puerto

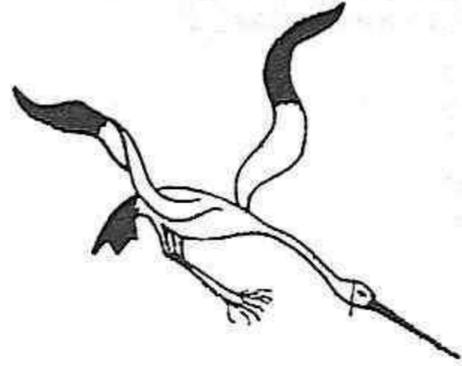
*Cielo de suaves tintas, color de porcelana
De Copenhague. Crece la inmensidad del río.
El puerto, donde anclaron la neblina y el frío,
Tiene una acongojada placidez cotidiana.*

*El agua cenicienta, del agua azul hermana,
Resigna sus quietudes y consuela su hastío,
Ahora que la quilla salobre de un navío
Le cuenta los prodigios de la hondura lejana.*

*Flota sobre los diques un hálito de mundos,
Un resumen de playas y de mares profundos,
Exóticos países, nieve y sol tropical.*

*Un vapor se despide, y en la tarde agorera
Parece, al alejarse, que sin rumbo partiera
A un incierto destino misterioso y fatal.*

La tarde



Mariano Grau

Motivos de la torre

Señera Catedral: hoja amarilla
de un códice miniado
con el pincel maestro de los siglos,
mojado

en la pintura que brotó exaltada
de todos los ocasos,
en las sienes del alba rezumante,
y en el acre sudor de los veranos.

Mástil de la Ciudad, donde se riza
el velamen del barco
que se abombó bajo los vientos rudos
del llano,

y sueña siempre, del codaje aéreo,
con claras rutas del espacio.

Mástil en cuyo vértice
dorado
se hinchó—como la «unción» que sólo ondee
en los instantes trágicos—
un jirón de la lívida franela
del relámpago.

Aguja de los siglos
que al cabello del viento se ha enhebrado;
pivote donde gira
un carrusel de luz. Horario
en la esfera del cielo
clavado...

¡Las horas por tí caen
con el vientre sonoro atravesado!

En el gran cataclismo
del ajedrez urbano,
buen rey que te quedaste inmóvil
sobre el tablero derribado.

Abrasaron tus ojos
la lumbre de los campos,
y los incendios rojos
de los ponientes largos,
y en esa encrucijada
de los vientos quedaron,
eternamente inmóviles,
con un gesto, sin vida, retratado.

¡Buen centinela
al que un rayo de sol dorara el casco...

El Conde de Santibáñez del Río

Estampa de primavera en Castilla

Plaza Mayor con soportales
—coso, en un día del verano—.
Desdibujada en los cristales
sueña Paz, un libro en la mano.

La tarde cae entre chubascos...
Pasan raudas las golondrinas.
De una tal, ligera de cascos,
murmura un corro de vecinas.

A la puerta de la farmacia,
juegan los chicos al peón.
El viento deshoja una acacia.
Se oye un rumor de procesión.

Suena el áspero desconcierto
del tambor y del cornetín.
Sobre las anclas, San Mamerto
está pidiendo un balancín!

A un buen discípulo de Baco,
le ha dado retórico el vino.
Los jugadores, con su taco,
salen al balcón del Casino.

Pasa en tropel la comitiva
por el ámbito de la plaza.
Va, la jueza, muy llamativa
para la tarde que amenaza!

Brilla un relámpago; el granizo
pone en fuga la procesión...
Torna Paz, a vivir el hechizo
de su libro, tras el balcón!

Juan de Contreras

El forjador

Es clara y tibia la mañana;
En la plazuela provinciana
las cuatro acacias tienen flor.
¡Canción del yunque y del martillo!
Con el compás de su estribillo
golpea el hierro el forjador.

El quieto ambiente—rosa y oro—
de la ciudad, se hace sonoro
con el latido del metal.
¡Tin, tan! El eco se despierta
y con su ritmo se concierta
una campana conventual.

¡Tin, tan! ¡Tin, tan! El hierro inerte
en ascua viva se convierte
y el corazón arde con él.
¡Tin, tan! La novia, en la ventana,
oye la música lejana
como las coplas de un rondel.

¡Tin, tan! El mozo martillea,
y al son del fuelle, que jadea,
vibra su cántico triunfal.
Arde en la fragua un roble entero
y el forjador, fuerte y certero,
domeña al fuego y al metal.

¡Tin, tan! Del hierro brotan flores:
rejas de novia; los primores
de un candelabro o de un cancel.
Ramos de esbeltos lirios de oro,
que de la verja, sobre el coro,
harán un místico vergel.

El viento canta a las almenas
sus otoñales cantinelas...
Murió de hastío un nuevo amor.
¡Tin, tan! ¡Tin, tan! Sigue el concierto,
pero esta tarde dobla a muerto
con su martillo, el forjador.

A. Ibot León

Flora mística

¡Olivo de mi tierra; olivo bueno
que danzas para siempre!—contorsiones
que torturan tu alma—.

Olivo de mi tierra: tú lo sabes
el polvo del camino y el camino
y el monocorde son de la cigarra.
Y sabes del andar y andar eterno
y la canción de amor de los que cantan
en la paz estelar de tu camino
(de los largos caminos que no acaban).

¡Y descoyuntas tu quebrado cuerpo
con la siniestra danza!
¡Y tus brazos abiertos, implorantes
brindan el fruto amargo de tu pena!

Y sin embargo, olivo, tú eres bueno.
¡Olivo gris del alma!

Mariano Quintanilla

**Ahora:
Momento**

Presente. Punto arbitrario,
puesto
para fijar el instante
fugitivo de los hechos.
Los trabajos y los días
se aprisionan en el tiempo.
Por un lado, la vereda
del pretérito,
senda muerta del olvido,
agrídulce del recuerdo,
el camino irreparable
que hace tristes a los viejos.
De otro lado, el porvenir,
página blanca, misterio,
portillo por donde escapan
imágenes y deseos.

No hay presente. Son las horas
movimiento
y llenan con su fluir
vital el espacio muerto.
Horas que hacen ser al mundo
a la vez antiguo y nuevo.
sin principio
y sin término.

El imaginario punto
del presente, del momento,
se dilata
inexorable y eterno,
tirano en la vida muelle
del hombre perecedero.
Los puntos, uno tras otro,
forman la línea del tiempo.
Los puntos imaginarios.
Lo único que conocemos.

Francisco Martín y Gómez

Canción

Mira cómo llora el río
porque ha perdido una estrella...

La estrella llegó una noche
con siete hermanas pequeñas,
buscaban la luna—madre—
que el río avaro se lleva.

¡Ay siete barcas de luces
—amor—salgamos a verlas!
Siete barcas van marchando
y una tan sólo se queda.

Mira cómo llora el río
porque ha perdido una estrella.
Voces azules registran
los bolsos de la ribera...

dime tú mi lavandera
¿dónde estará la estrellita
que se perdió en la ribera?

A la verde, verde oliva
—cantaba la lavandera—
a la verde, verde oliva
que se ha perdido una estrella.
Si yo la encuentro he de hacerme
un collar y una pulsera,
y anillos para mis dedos,
mis dedos de lavandera.

Llora, llora, llora el río...

¡Mañana la lavandera
verá convertido en cielo
su pañolito de seda!

Juan Francisco de Cáceres

**Paredón
incendiado de sol**

¡Paredón incendiado de sol,
desnudo y esquemático!

No se abre sobre el muro,
cortador de horizontes lejanos,
ni la escenografía del balcón
ni el milagro de los párpados
de las persianas verdes, que enfloran
a las casas habitadas por risas y por llantos.

Tan sólo el sol,
tramoyista sistemático,
cuelga sobre lo quieto,
desnudo y desolado
sus bambalinas
—abanico cromático—
del alto paredón,
sin amor y milagro
de alegría de vida, su anónimo
sentido prestigiando.

¡Paredón incendiado de sol...!

(Del libro en preparación «90 m3 de Poesía lírica»).

turismo

Suplemento primero de manantial

EL TURISMO EN ESPAÑA

El *turismo*, palabra de importación, que abarca tantas y tan complejas actividades y que, hoy está sobre el tapete en nuestra patria, es en ella, más que una realidad, una esperanza. El Gobierno del Marqués de Estella, que con tanto acierto acude a todos los problemas nacionales, corrigiendo vicios, exaltando virtudes, mejorando las existentes y creando riquezas nuevas, ha demostrado una vez más su perspicacia y su españolismo, dando vida a una organización oficial, que encauce y estimule cuanto con el turismo se refiera.

Tiene el asunto varios aspectos esenciales: en primer lugar hay que asegurar la *comodidad* en el camino y en la estancia, al viajero; después hay que hacer la *propaganda*, juntamente de los tesoros artísticos y naturales de la Nación y de la *comodidad* con que pueden ser visitados estos tesoros.

En España, están en sus balbucesos los medios de transporte marítimos; no existen los de carretera y la red ferroviaria, que ahora está sufriendo un activísimo incremento, es todavía insuficiente. Las líneas aéreas, aunque en reducido número, existen y funcionan con éxito creciente.

Respecto a los hoteles, nuestra situación es deplorable. Fuera de algunas capitales que cuentan con algunos magníficos, el tipo del hotel español, de la fonda, es francamente inadmisibles. Mucha comida y muy mal condimentada; poca limpieza; ausencia de calefacción y de baños o inutilidad de los existentes por su escasez y aleatorio funcionamiento; presentación malísima del personal y ruido, ruido a todas horas, ruido producido por huéspedes y servidores, que sienten el mismo o parecido desprecio por el silencio...

El medio social español, necesita transformarse mucho para convertir a España en país de turismo. Mientras al turista no se le facilite todo y se le respete en absoluto; mientras los chicos tiren piedras a los autos y los hosteleros abusen de la menguada hospitalidad que facilitan; mientras el indígena no respete *su* campo y *su* monumento, todos los esfuerzos oficiales en pro de esta cruzada del turismo han de ir al fracaso.

La *Compañía Nacional de Industria del Turismo*, financiada por un grupo de capitalistas españoles y en relación estrecha con la *Compagnie de Wagons Lits*, y con la casa *Cook*, se propone resolver rápidamente el problema de la hotelería española y de los transportes por carretera, para lo cual ha elevado una propuesta al Gobierno de S. M., ofreciendo un capital, ampliable, de 20.000.000 de pesetas para la construcción de hoteles y de paradores nuevos y para la reforma de los existentes mediante la creación de un organismo similar al *Crédito Hotelero* de Francia. Propone la intervención hasta la medida deseada del Gobierno, y el reparto con él de sus beneficios y el someter su proyecto a las reformas y sugerencias que del Patronato de Turismo le puedan llegar. Creemos firmemente que, con ello, la C. N. I. T. dirigida por dicho Patronato, que preside el ilustre General Duque de Santa Elena, puede resolver de plano, parte principalísima del problema del *turismo*, que luego había de completarse con la creación de las Agencias de Propaganda española en diversos sitios de Europa y América, y con una constante colaboración del espíritu público, aleccionado principalmente por la prensa periódica.

EL MARQUÉS DE QUINTANAR, CONDE DE SANTIBAÑEZ DEL RÍO, VOCAL CIUDADANO DEL PATRONATO DE TURISMO

UN PROBLEMA VITAL

Señalar un recurso más de vida, es posible que sea en estos momentos lo que más interese a Segovia.

Conocido su medio industrial, pobre por falta de capitales a él dedicados y por carecer de obreros capacitados, no es de esperar de la inversión de capital extralocal, lo que antes, en condiciones más halagüeñas, no se ha hecho con fortunas sólidas y propias.

Por otra parte, una ciudad como la de Segovia, que defiende con gran tenacidad su actual economía comercial a base de los productos de su pródiga tierra pro-

vincial, es difícil que se derive por la industria como fuente de vida porque es muy natural que sus energías las desplace de lleno en la defensa de su comercio que al ir reduciéndose con la despoblación, entra en período de nueva fase: el de la competencia donde triunfan los que mejor defienden y consolidan su clientela.

Expuesto el caso de la Segovia actual, de la manera menos discordante dado el carácter literario de esta revista, vemos que, por ahora, no se vislumbra vida industrial de consideración y que el comercio lógica-

mente debe ir decayendo al paso de su despoblación ya notoriamente iniciada.

¿Cabe a Segovia algo como propulsión de vida dentro de su modo de ser y de sus posibilidades económicas? A mi juicio, sí. Segovia por sus bellezas naturales y artísticas, unidas a sus condiciones climatológicas y por su proximidad a Madrid, puede ser una ciudad veraniega para todos aquellos que por sus cargos o negocios no les sea posible alejarse demasiado de sus actividades yéndose a las playas o aldeas del Norte.

Ciudad veraniega puede ser Segovia para los que huyendo del mundanal tráfico de Madrid, quieran consagrarse al reposo, al descanso, a disfrutar de las exquisiteces y delicadezas de una vida tranquila, patriarcal, que no se goza nunca en las grandes urbes. Ciudad veraniega puede ser también impulsando atracciones honestas sin que falte en ellas los conciertos musicales, como lo hacen, por ejemplo, en Pau (Francia) que reúne en sí tantos millares de veraneantes sin más atractivo que sus paseos y conciertos públicos, pues ya es sabido que su gran Casino se abre únicamente en el invierno.

Segovia, de costumbres austeras, tiene además un atractivo majestuoso, señorial, con su Catedral y con su Alcázar y con ese magnífico y sin igual Acueducto, testigo pétreo del devenir de este pueblo grande por su historia y monumentalmente sugestivo dentro y fuera de la ciudad, en Cuéllar, Sepúlveda, Pedraza... y tantas villas más de rancio abolengo como lo pregonan sus casas solariegas, sus castillos y sus templos.

Todo este patrimonio ancestral tiene Segovia y su provincia, y de esa herencia riquísima, valiendo tanto como factor de atracción, no es apreciable el beneficio que obtiene por ese singularísimo aspecto la ciudad considerada tal como es, sin pretensiones fuera de ambiente y reducida a sus propios recursos.

Y ¿por qué esto es así? A mi juicio, por falta de una dirección bien trazada y acatada que encauce a la ciudad por el camino de sus más realizables destinos, que para Segovia entera, que tiene su vida propia en sus actividades agro-forestales-pecuarias, no pueden ser otros que aquellos que sean para la ciudad y sus villas más destacadas, un complemento beneficioso en armonía con sus medios de vida tradicionales.

Si Segovia con decisión se propusiera ser una ciudad veraniega, seguramente lo conseguiría porque además de lo ligeramente notado, tiene una tradición veraniega muy cerca, en el Real Sitio de San Ildefonso con sus maravillosos jardines versallescos y sus espléndidos bosques, frecuentados por selecta colonia madrileña que siempre puede inclinar mucho a favor de la nueva Segovia por la que muchos abogamos.

Conseguido este objetivo, simultáneamente se conseguiría otro: la Segovia del turismo, pues nada mejor para intensificar éste que imponerse con una ante-ciudad comfortable, levantada a uno de los costados de la ciudad milenaria, inmortal, que trátase de renovar con un dinamismo de creaciones nuevas que la den vida, pero sin alterar su fisonomía monumental ni su carácter de ciudad señorial por su prosapia y por su historia.

Esto es hacedero en Segovia por sus condiciones especiales ya indicadas que tienen por sí notorias ventajas, no olvidando entre éstas su posición geográfica, superiorizada hoy por la rehabilitación de las carreteras que vuelven a ser con más rango y mejores medios, vías de comunicación rápida.

De poco sirven las propagandas de turismo si las ciudades no están preparadas para recibir y retener decorosamente al que toca a sus puertas con deseo de descanso y expansión.

El turismo intermitente y de visita rápida que se nota en Segovia, es así por falta de acomodamiento que esté a tono con lo que se pretende.

Hay ciudades españolas que no quiero citar porque no se trata de establecer comparaciones y competencias, que no teniendo la posición geográfica de Segovia ni cuanto de bello y artístico se encuadra en esta pequeña urbe, cuenta con su inicial avance de ciudad moderna, en permanente desenvolvimiento, algo, en fin, que denota progreso y deseo de renovación.

El turista que generalmente es persona acomodada y de buen gusto, si encuentra bienestar, confort en el hotel e higiene en la ciudad, se queda; y si no hay nada de eso, la visita es rápida, de pasada, porque ciertas prevenciones personales sólo se vencen con buenos acomodamientos y con agua y escoba.

Contra lo que algunos creen que las ciudades pequeñas no tienen atracción, opongo el ejemplo de lo que se observa viajando por Europa y por América.

La vida del hombre se desenvuelve conforme a su idiosincrasia, a sus gustos y aficiones que para buen número de aquéllos que han visto y recorrido mucho suelen ser las ciudades pequeñas las de su mayor complacencia.

Una de esas ciudades predilectas puede ser Segovia como pocas bella en su paisaje y en sus monumentos, bajo esa bóveda que revoluciona en matices y colores, como si detrás de ella hubiera algún celeste mago que quisiera ornamentar a la ciudad vetusta con primorosos y siempre nuevos celajes.

Enrique de Ezkauriatza

A nosotros únicamente nos interesa del tema turístico el bello paisaje y la bella obra de arte; la propaganda de la

obra de arte y del paisaje. Nos importan menos los servicios subalternos relacionados con el turismo.

Por eso, nos hemos echado a la calle a controlar opiniones populares, que son:

Un escéptico.—¿Quién es el turista y dónde se le encuentra?

Un optimista.—¡Mayor atracción que las yemas de Segovia!

Un omnisciente.—Si el turismo mundial me consultase, yo le recomendaría el asado de Pedraza y la caldereta de Arcones.

Un maestro de obras.—Con las piedras de tanta antigualla, ¡menudos hotelitos al guirlache confeccionaría mi razón social Agapitez y C.ª!

Un curda del Azoguejo.—¡Si fuera viniducto!

Una comadre.—¡Yo no pienso quitar a mis chicos el gusto de tirar piedras a los musiures!

Un fondista.—Que me aseguren diez huéspedes diarios y les pondré un lavabo por barba.

Un histrión sin contratas.—Con mi tipo y mi verbo, ¡vaya cicerone que haría yo!

Una chinche.—¡Me estomaga la sangre del país! ¡Venga turismo! Me siento cosmopolita.

Las piedras de Segovia.—¡Si me dejarán dormir en paz!

Carne y espíritu

I

Aunque no nos legó ningún rasgo—elemento necesario para un riguroso perfil—resultará interesante, con ayuda de la imaginación, inspeccionar la influencia del triple enemigo: el demonio, el mundo y la carne sobre Jorge Manrique. Abandonando sus dos primeros secuaces, nos replegamos en este último—la corte de la carne pecadora—y nos apercebimos, diligentes, a un minucioso análisis. ¡Atención para el rayo de sol del deseo—luz divinamente humana—que atraviesa, preñado de vida, un fino y transparente espíritu!

II

Desaparecido del mundo de los vivos, la falta de su padre, el noble y esforzado conde de Paredes, puso en el alma de nuestro poeta, el admirable Jorge Manrique, el negro crespón de una triste melancolía. Aquel vacío angustioso de su vida, colocó en guardia acallados y dormidos tormentos. Volvió a sufrir; se renovaron dolores y contrariedades. La influencia sobre él era tan grande, que su despedida le introdujo, como es lógico, en el panorama de lo vivido; exprimió de los recuerdos de la infancia y mocedad, la triaca contra el veneno de la pena. Al maléfico efecto de las horas oscuras, opuso la luz virginal de los primeros días. ¡Y qué alegría, qué optimismo y qué suave júbilo se expandía de aquellos prístinos anhelos! Podía indicar, cual el Divino Soñador de Galilea, que en verdad uno de los instantes transcurridos—con sus turbaciones, sus inquietudes, su desorientación—valía más, mucho más que la más in-

Del libro «La Voz del Paisaje»

tensa de las dichas de ahora. Cualquier tiempo pasado fué mejor. El más perfecto y amplio estudio de los hombres; la más diáfana y exacta comprensión del mundo; el conocimiento bien dirigido y aclarado no le trajo, como advierte la bíblica enseñanza, serenidad y deleite, sino que vino—agazapado y avieso—con ello el dolor. Los años vividos habían sido, más que abundantes en dulzuras y gratas sorpresas, pródigos en maduras reflexiones. En el fragor de los combates, cuando la sangre alterada formaba un indefinible ejército de alientos que, desde las trincheras de su sistema nervioso, le animaban e incitaban a la dura refriega, había angustiosas treguas de lucidez, y en aquellos sobrenaturales relámpagos, dejando caer desalentado sus brazos hacia el suelo, veía clara y definida la torpe inutilidad de todo impulso humano. Pensaba, cual el rey que contemplando su poderoso y pujante ejército—brazos viriles, resplandor de las armas, miradas inquietas—comprendió que todo aquello, con su sensación de poderío indestructible, con su ruido y su majestuoso oleaje humano, lentamente la muerte, en muda, pero perseverante y definida labor, lo iría destruyendo y derrumbando para no dejar sino—¡tristes ruinas y osario!—cabezas vacías de pensamientos y miembros incapaces de torcer su destino.

Y aunque eran muy breves y fugaces las persuasivas lecciones de la realidad, poco a poco fueron quedando, en el propicio vaso de su alma, el sedimento de una preciosa sabiduría. Por esa causa, al emprender su padre el postrero camino, lo que tomó cuerpo y vida, lo que dominó y moldeó su carácter, no fueron recuerdos de luchas y de triunfos guerreros, sino la nostalgia de su niñez, y la presencia, con todo su frescor, de sus angustias y de sus melancolías. Así no pudo evitar que, cual vuelve el hijo al tembloroso seno de la madre, él regresase a Paredes, aquel humilde pueblo de Tierra de Campos, donde por primera vez vió la luz.

TEOFILO ORTEGA



4 ejercicios 4

De los apuntes de Carmen Prada—Carmen Prada: luz de Minerva modelada en Venus—entresaqué cuatro notas (no cuatro fórmulas ni, mucho menos, cuatro recetas), croquis tal vez inconclusos de una lección del profesor don Frutos Martín. Al parecer, él los dió por acabados.

1

... Ocurre que el objeto ya no es el objeto, sino el reflejo de la imagen del objeto; y allí, donde estuvo el objeto, sólo existe ahora el vacío que dejó el objeto. Pues bien: esto ya no es el reflejo de la imagen del objeto, sino el reflejo de la imagen del vacío que dejó el objeto.

La mayoría no lo entiende, y dice:

—Comprendo lo que toco, lo que gustó, lo que huelo; o lo que es posible que yo toque, guste, huelo...—Ni siquiera cómo, cuándo, por qué lo toca, lo gusta, lo huele... ¡lo sueña!

Es decir, una estética de cocinera. De cocinera con prejuicios estéticos y sin imaginación.

2

Resolvamos el moderno triángulo musical, esférico, equilátero—estrella de tres puntas—, cuyos vértices son: Ravel, Strawinsky, Falla. Al tercio de vuelta: Strawinsky, Falla, Ravel. A los dos tercios de vuelta: Falla, Ravel, Strawinsky. El centro, punto neutro; y centripetado por el movimiento indiferente (axial), un corazón tripartido: trébol. En torno, la emoción civilizada.

3

La lírica no puede ser centrífuga, aunque ahora se salga con frecuencia por la tangente.

Vamos a establecer tres relaciones:

- 1.ª Yo ante el objeto;
- 2.ª Yo en el objeto;
- 3.ª El objeto en mí.

Esta última es la verdadera, centripeta siempre, como que viene adentro y, personalizada, sale de dentro sin romper su marmora de globo cautivo anclado a los fondos del alma. Y sólo el alma es centripeta, aunque se derrame a veces, aunque a veces se disperse mal contenida.

4

Mas ¡amigos míos!, puestos en este trance, ¿qué es una lírica sin condimento de emoción ni oleaje de inquietudes? La erudición y el criticismo han asesinado a estas fuerzas promotoras del arte. Se construye, se representa, se sugiere en virtud de una repetida—fatigosa—nomenclatura técnica. La mecánica aplicada es útil; el deporte, higiénico. La astronomía concretada a pompas de jabón, acaso contenga sugerencias aceptables. Pero, ¿se satisfará con tan poco el Poeta? Su microcosmos íntimo es pura transcripción del macrocosmos circundante. Lo refleja su propio espejo; después lo imagina (otro reflejo), torna a crearlo en su conciencia y lo da a luz interpretado, sentido, llorado. Supongamos que, súbitamente, desapareciera todo el actual progreso técnico industrial. El Poeta seguirá cantando temas universales destilados en puras esencias artísticas. Estas puras esencias se hallarán siempre incluidas en las grandes series abstractas: en las ondas misteriosas que sensibilizan los espacios estelares; jamás en la vergonzante lucecilla de una lámpara de bolsillo; en el dolor trashumano de toda la Humanidad; jamás en los ayes adormecidos por drogas de quirófano.

La acción elemental del espíritu y las íntegras fuerzas del sentimiento superan a las del intelecto; en aquéllos, más que en éste, estriba la belleza artística. Pero la belleza de una fracción infinitesimal de energía física, técnicamente utilizable, es una belleza de menor cuantía.

(Aquí, en lápiz tinta, puso Carmen Prada la siguiente acofación: «¿No se contradice, a veces, el profesor don Frutos Martín?» Yo he añadido: «¡Dichoso el que alguna vez se contradice, duda y vacila, porque de él será el reino de la inquietud!»)

Con licencia de Carmen Prada,

M. ALVAREZ CERÓN

